

La universidad experta en humanidad

Intervención Coloquio Instituto de Filosofía 2020

Universidad *San Sebastián*
Viernes 22 de mayo de 2020
Prof. Dr. Guillermo Tobar Loyola

I. La centralidad de la persona humana

A propósito de la tan bullada oportunidad para las universidades frente a una educación a distancia, es pertinente preguntarse antes por quién es el ser humano que en ella hemos de desarrollar y perfeccionar. Ambas preguntas son ciertamente válidas y se deben dar conjuntamente a partir de la reflexión de nuestros valores institucionales. La dificultad puede presentarse cuando nos dejamos seducir únicamente por la incuestionable eficacia de plataformas como *Zoom*, *Teams* o *Collaborate* que prometen convertirnos en profesores significativamente productivos, en desmedro tal vez de ser profesores testimonios que en pasillos o aulas de clase involucran activa y radicalmente la propia vida.

Pareciera ser que la educación a distancia -por su misma naturaleza de que trata con quien está establecido lejos- se centra únicamente en una transformación total de las metodologías de los docentes con el fin de obtener productividad académica, masificación del conocimiento o incluso, legitimamente reducir costos. Todos ellos en principio son objetivos válidos y necesarios y en ningún caso deben ser recriminados *a priori*. La sospecha se asoma al momento de pretender igualar o confundir la instrucción con la educación o la realidad virtual con el humanismo.

La Instrucción está asociada a la enseñanza en cuanto busca desarrollar las facultades intelectuales del alumno, de tal manera que sepa usarlas como un instrumento propio y personal, y aplicarlas convenientemente a cualquier problema o situación de la vida. En este sentido una “educación a distancia” (*on line*) busca instruir al que está lejos sin necesidad de tocarlo para hacerlo. Por lo mismo, es posible hacerlo a través de una pantalla y, en este sentido, el avance de la tecnología es un valioso aliado para ello; no servirse de ella podría manifestar desidia, molicie o incluso omisión. Basta un buen megáfono o un potente micrófono con el fin de dar instrucciones al que está lejos, para que éste las escuche, las entienda, y las siga, adquiriendo con ello un nuevo conocimiento. Por su puesto que esta “educación” a distancia implica un aprendizaje, como puede ser el desarrollo de competencias en los diferentes campos del saber y, además, no es solo un beneficio personal para el estudiante, lo es también para la sociedad a la que pertenece.

Sin embargo, no debemos olvidar al sujeto de la educación, un estudiante cuya naturaleza humana reivindica en cada acto suyo una actividad del espíritu, realidad que solo reconoce en unión a su cuerpo y no lejos ni aparte de él. De tal modo que el espíritu en perfecta sintonía con su cuerpo afecta, en palabras de Maritain, “de un modo intrínseco su manera de ser y de obrar”. Es aquí donde la instrucción queda al debe en su contribución

educativa al estudiante, no solo en relación al saber vivir, sino sobre todo al saber ser.

Así como asociamos la instrucción a la enseñanza, debemos ahora asociar la educación a la formación. Educar a nuestros estudiantes significa alentar el perfeccionamiento de todas sus facultades psico-somáticas, con especial referencia a la sensibilidad, la afectividad y la voluntad, pero nuestra tarea educativa no estaría cumplida si no damos forma verdaderamente humana a ese perfeccionamiento. Por eso la tarea del educador no es solo aplicar métodos o técnicas, es saber valerse de ellas para dar forma a lo que tiene entre manos. La tarea educativa alcanza su plenitud solo cuando forma, es decir, cuando busca la maduración de la personalidad en cada estudiante, particularmente en aquello que tiene de más característico como es la trascendencia, la vida moral y el destino eterno.

Es precisamente aquí en donde necesitamos acortar la distancia para educar. Si la instrucción es perfectamente posible hacerla desde lejos o de modo remoto, la formación requiere presencia física en cuanto involucra la totalidad de nuestro ser, el que a su vez reclama la condición carnal de nuestro espíritu.

Instalados uno frente al otro es cuando nos reconocemos necesitados de ser mirados y de mirar. El trato directo con los demás fortalece los vínculos entre estudiante y profesor. Solo el encuentro físico permite distinguir tonos de voz y cadencias en las palabras; la escucha activa es la mejor muestra de atención al otro y la sola presencia de un estudiante frente a nosotros exige atención por tratarse de un encuentro único e irreplicable. Y es que la comunicación no verbal también es parte de la acción educativa, en cuando implica una enseñanza y un aprendizaje en el que se da un enriquecimiento mutuo entre quienes se encuentran sin palabras. Un par de ojos tienen mil formas de mirar, unos brazos mil maneras de abrazar y el rostro humano tiene solo una forma de expresarse tal cual es y es cuando muestra el espíritu que lo anima. Por eso un estudiante no siempre necesita escuchar de su profesor: “tú me importas”, cuando lo percibió antes en la expresión de su cara, en el brillo de sus ojos y en la generosidad de su escucha.

Nuestra corporeidad extraña verdaderamente la presencia del otro cuando reclama su encuentro cara a cara y no detrás de un pantalla. Preferimos el rostro humano a un holograma, palabras a viva voz que ondas sonoras. La palabra cercana y comprensiva de quien habla a nuestro lado tiene el poder singular de internarse en nuestros sentidos y de llegar a la región más íntima del espíritu humano, lugar en el que puede darse una transformación radical de la propia vida. Pero, para que ello ocurra hay que hablar mirándonos a los ojos; un sonido vocálico por cautivador que parezca nunca lo será realmente si no lleva la calidez del timbre de una voz humana; aunque suene fuerte siempre se escuchará lejano. Y, es que el profesor-testimonio no solo tiene algo que contar (en el campos del pesamiento, de la historia, la ciencia o la medicina), sino también algo que transmitir con todo lo que es y con todo lo que tiene como persona. Si adormecemos esta figura del maestro como testigo de vida estaremos desnaturalizando el fin propio de la educación que valora la vida por sí misma.

Este planteamiento, centrado en la persona, presenta una radicalidad sustancial que por lo mismo, debiera alertar al momento en el que la atención de los planes de estudio, las rutinas pedagógicas, los medios técnicos o los sistemas para regular la vida académica sobrepasen desmedidamente el interés y la fatiga de directivos y formadores. Porque el concepto que se tenga de la persona humana es el factor decisivo de toda reforma universitaria. Pensemos en la distancia existente entre pensar que el estudiante es una fuerza de trabajo “empleable”, o que es un *ser fin en sí mismo*, o mejor –y por qué no decirlo- un hijo de Dios.

Lo cierto es que como humanos estamos sujetos a caer en el error y en la rutina, lo que puede en ocasiones hacernos olvidar o acomodar nuestro sello institucional cayendo en una práctica descolorida, egoísta o rutinaria de sus principios. Frente a este panorama no deseado; las personas mismas, su formación integral y educación intelectual ya no ocuparían el centro de nuestras inquietudes e intereses. Esta realidad, lejos de aconjogarnos nos debe remecer y estimular a renovar continuamente la motivación que nos une como educadores en aras de formar personas.

Si bien lo pensamos, lo verdaderamente decisivo no son las cosas ni los procedimientos, sino las personas. Solo las personas son capaces de generar novedades, cuya fuente es siempre la vida del espíritu. De ahí que el esquema organizativo de las universidades deba estar al servicio de las personas, y no a la inversa. Las estructuras y los procedimientos son costes que se debe tratar de minimizar para poder invertir más recursos encaminados a la docencia y a la investigación teniendo siempre como soporte la formación integral de los estudiantes.

Por eso la invitación es que volvamos a las personas, de donde todo progreso surge y a donde toda innovación regresa. Procuremos facilitar a nuestros estudiantes tiempo, motivación y medios, para que se detengan a pensar, para que no se ciñan cansinamente a las cosas tal como les vienen dadas, sino que consideren otros mundos posibles y miren la realidad desde perspectivas inéditas. Pero una vez más, si no los miramos a los ojos y no caminamos hombro a hombro con ellos, nuestros estudiantes nos mirarán como un manual de instrucciones o en el mejor de los casos como una enciclopedia fascinante y no como testigos de vida que en cada encuentro pueden ayudar a ser mejores.

II. Pasión por la verdad: verdadera misión universitaria.

Vale la pena recordar la denominación clásica de verdad ontológica que se define como una adecuación con la realidad. Su conocimiento cierto se da por las causas (lo que entendemos por episteme, ciencia o verdad lógica) y esto plantea no solo un desafío sino además lo más específico de la universidad. La verdad se presenta al hombre según su propia naturaleza en cuanto ser singular y concreto, sujeto de una unidad sustancial, pero a la vez en total conformidad con sus distintas dimensiones: entendimiento, voluntad, corporeidad, historicidad o sociabilidad en otras. Es precisamente esta condición lo que permite al ser humano una relación singular con la totalidad de la realidad existente. De

tal manera que la existencia particular de cada hombre y mujer no queda indiferente frente a la adecuación de la verdad con la realidad. Hecho no menor pues es esta relación la que marca el derrotero de la vida humana en un sentido u otro. Si tomamos por verdad lo que no es real o nos afanamos en perseguir un bien que no es tal, nuestra mente ni siquiera encontrará razonamientos en contradicción que la obliguen a pensar una solución, y asumirá como cierto lo que escuchó de otro o aquello que sencillamente quería escuchar. Sin embargo, nuestra mente está hecha para poseer la verdad, por lo que frente a esta situación de inventar o acomodar la verdad a una suerte de intuición intelectual, nuestro conocimiento divagará en el error y nuestro querer por intenso que sea, no dejará de ser imperfecto. Y en esto la existencia humana de cada hombre y mujer se juega la vida entera.

Si la verdad -despojada de la metafísica que la vincula a la realidad-, es reducida al conocimiento, hacemos de la universidad un laboratorio de especialistas en distintas ciencias, en el que cada cual acude a su propio conocimiento para responder a la pregunta sobre el hombre desde una mirada desencajada de la totalidad. Así, frente a la interrogante de todos los tiempos “¿quién es el hombre?” -este tipo de conocimiento- se apresura a responder fragmentariamente: ya sea desde la *physis*, la *psique*, la *lex*, la *bios* o la *techné*. Algo semejante a la falta de unidad del ser humano que advierte MacIntyre cuando dice que vive una existencia “compartimentalizada”. En efecto, es aquí que la respuesta a la interrogante sobre el hombre se ofrece desde un cristal refractado por parte del conocimiento científico disponible, cuya mirada se presenta desnaturalizada por una mediación falaz como es la *pars pro toto* (tomar la parte por el todo). En este sentido cuando el ser humano es reducido al mundo de las cosas o a la pluralidad de los saberes, la ameneza de un reduccionismo antropológico es inminente y con él el menoscabo de su naturaleza espiritual queda al acecho de ideologías que buscarán despojarlo de su razón y su libertad.

Quien quiera mantener su mente abierta a la realidad, debe estar precavido para no quedar atrapado en situaciones que se dan por intocables, ni confundir el aprecio a la tradición con “lo que siempre se ha hecho”. Porque una de las exigencias del avance en el conocimiento es librarse de los prejuicios que paralizan. Desprenderse de tales preconcepciones exige originalidad del pensamiento, la cual no estriba en pensar de distinta forma que los demás, sino en pensar desde el origen, por cuenta propia sin dar lo escuchado por supuesto, acudiendo a la fuente misma de donde brota el conocimiento.

Como parte de su misión la universidad tiene la tarea de entregar no solo contenidos, sino sobre todo enseñar a pensar. De aquí el sentido que adquiere en las aulas de nuestra universidad la alocución latina *sapere aude* que nos insta a atrevernos a saber y a tener el valor de usar la razón. Sin ese valor nuestros estudiantes, nosotros y el ser humano en general se vería impedido de ser guiado hacia la búsqueda de la verdad. De aquí la relevancia de la educación en cuanto guía hacia la verdad. Una verdad que no nos llega involuntaria ni espontáneamente, por el contrario necesitamos de una guía que nos señale cómo aprender a pensar para de este modo saber buscarla. No podemos hacer de nuestros

estudiantes buscadores de la verdad si antes no los educamos en el aprecio por el pensar.

Preguntémonos entonces: ¿Qué es lo que distingue a un “funcionario de la docencia” de un maestro universitario? ¿Un facilitador de conocimiento de un testimonio de vida? ¿Qué es lo que convierte a un estudiante seducido por el exitismo en un buscador de la verdad? La diferencia puede darse por la hondura de los planteamientos, la creatividad en las hipótesis, el afán de innovación en las soluciones, el ejercicio de la inteligencia como capacidad de enfrentarse con lo establecido, la valentía de cuestionar el punto de partida de los enfoques convencionales ¿Qué pasaría si las cosas fueran de otro modo o si las hiciéramos de distinta manera? Tal vez si ponemos más atención a lo educativo que a lo profesional, seremos capaces de contribuir en la formación de auténticos e inspiradores profesionales.

Así como la mejor cátedra que puede dictar un verdadero maestro involucra su vida misma, así también la mejor asignatura para un docente deberán ser sus propios estudiantes. Sin duda el educador tiene una función de facilitador respecto al conocimiento y al desarrollo de competencias en el estudiante, pero como la naturaleza de la educación es una conducción y promoción del estudiante al estado de virtud, la figura del profesor-testimonio emerge como una exigencia razonable de nuestra naturaleza humana. Cada individuo de la especie humana al nacer carece de todo sentido formativo, con lo que su condición de privación exige una guía, una orientación y un acompañamiento cercano. Lo que parece una desventaja frente al animal que a los minutos de nacer se pone de pie y por medio de un lenguaje natural -que no necesita aprender- se comunica con sus congéneres; en el ser humano este aparente menoscabo se convierte en el valor por excelencia que configura su existencia humana. Ciertamente lo deberá aprender todo en la vida, pero su límite no está dado por los sentidos ni por su instinto, sino más bien por su espíritu que ensancha su modo de estar en el mundo, al punto de permitirle llegar a ser quien debe ser. Los confines del espíritu humano desaparecen al momento en el que se advierte su trascendencia. Lo que nos dice que el ser humano por sobre un cúmulo de células es un conjunto de posibilidades que el profesor-testimonio en nombre de la educación contribuye a desarrollar.

A este punto debemos reconocer que el vasto y docto conocimiento de muchos profesores ha permitido la promoción de innumerables mentes brillantes en el mundo entero, pero no menos importante y esencial ha sido el testimonio brindado por aquellos mismos profesores que con su gestualidad, con la expresión de su rostro y con el juicio ponderado en sus palabras cambiaron de modo radical la vida de sus estudiantes, transformado con ello no solo sus biografías sino también una parte del mundo.

Si la naturaleza de la universidad es la búsqueda de la verdad, entonces nuestra tarea es hacer de nuestros estudiantes “universitarios sin ocaso”, es decir, personas que aún egresando de nuestra casa de estudios continúen embebidos por esa búsqueda que solo debiera terminar con la muerte. Con ello llevarán marcado a fuego en su interior la transformación de vida que produce la verdad cuando nos libera del error, de la desazón

y de la desesperanza. Esta contribución formativa por parte de nuestra universidad hacia los estudiantes alcanza su mejor expresión, cuando un exalumno ya maduro retrotrae su recuerdo a la época universitaria y considera lo adquirido como algo valioso en sí mismo y digno de comunicar a otros. Es entonces que la tradición milenaria de la universidad anclada en la búsqueda de la verdad, se expresa con el mejor de los títulos que un exalumno puede dar a su universidad al llamarla: *Alma Mater*.

Cuando la universidad decae por falta de vitalidad interna, se eclipsa en ella no solo la tensión hacia lo nuevo sino también tiende a despreciar las propias tradiciones. Es entonces cuando se hace necesario volver a la reflexión de lo que somos y del fin que debemos alcanzar. El objetivo de la universidad es el saber superior y su medida es la antropología, es decir, el hombre, por lo que todas las disciplinas enseñadas en la universidad se deben ordenar a él.

Para concluir, es importante tener en cuenta que el amor a la tradición no es incompatible con el empeño por progresar. Puesto que una tradición que no se renueva, se convierte en rutina o inercia que al final se lleva a modo de arrastre sin saber por qué. Como bien dijo Gustav Mahler: “*La tradición es la transmisión del fuego y no la adoración de las cenizas*”.

¡Muchas gracias!